

OPINION

UN ESPECTACULO ABOMINABLE

por Michele Castelli

Era la hora de la canícula. La gente caminaba por las aceras casi pegada a las paredes de casas y tiendas; buscando la protección de la sombra que de vez en cuando un toldo providencial proyectaba sobre sus ságomos encurvadas. Un tráfico infernal. Corneteos, humos de autobuses destartalados, manos amenazantes agitadas al aire. Palabras irrepetibles que hacían sonrojar a la catira del Mercedes que no se atrevía a levantar el vidrio de la ventanilla porque el acondicionado iba descompuesto. A pocos metros de la iglesia imponente del Fray Luis de León pintada de blanco y de verde - ¡ ahí dichosa coincidencia..! - allá donde empieza el puente que le da paso abajo al Guaire silencioso, allá mismo un poste de alumbrado hospeda asquerosas bolsas de basura rotas por el perro realengo, protegidas todo alrededor por moscas de tamaño enorme, más grandes que la grandeza del vivalapepa aquél que esto ya no lo soporto y me voy a Miami con el dinerito que me gané trabajando como un negro [sic] en el Ministerio tal con el honorable cargo de consejero de la secretaria del doctor Guanábana. Al lado de la bolsa amarrajada, hay una caja de cartón Polar [esa de lata] llena de algo que por la forma parece una enredada pelota de pabilo del color asqueroso que es indefenido. El perro se para y husmea. A mí me dio la sensación de que el hocico se le torcía con desprecio, casi queriéndose decir: "tengo hambre, pero esta porquería no me la calo". Cuando el carro que va adelante se mueve un paso y me permite ver con más claridad, el estómago se me hincha de viento con la obstinada intención de sacarme del cuerpo las tacitas de café que es lo único que me alimentan en la mañana. Aquel pabilo enredado de la primera impresión, era en realidad un montón de espaguetis allí botados por el dueño del restaurante, destinado a las vísceras del botadero que cotidianamente rellena el IMAU. Pero mientras me aguanto el estómago para no dar la cómica en plena avenida, el espectáculo deprimente se agiganta, y los ojos quisieran rechazar la visión asombrosa que se les dibuja delante: una vieja pordiosera, envuelta en unos trapos que sólo le cubren las partes del pudor, se agacha de repente y con las manos negras, más negras que el negror de las conciencias de tantos demagogos que aman a los pobres pero por favor que se queden tal porque de otra manera no habría a quien amar, levanta un puñado de aquellos hilos gruesos como el dedo pulgar del vivalapepa aquél, y se llena la boca desdentada con un solo peñón en el medio como las brujas de los cuentos de hadas que asustan a los niños. La gente grita: "¡La loca! ¡La loca!". El perro huye. Sonrisas alrededor. Yo lloro, en cambio. Un rayo de aquel sol de la canícula acaricia el rostro sucio de la vieja fea. Cierro los ojos. Veo una estrella enorme entre tantas centellas luminosas, y en su superficie aparece esculpida la frase de la esperanza: "Triunferá la justicia. Mañana sera mejor".